

finalidad, propósito, el telos de los griegos. Y el ego re-encarna, para reparar errores, para ensayar de nuevo su perfeccionamiento. Federico Tinoco, y su hermano Joaquín, ese bello hombre, fueron, a mi juicio, espíritus medioevales, o del Renacimiento quizás, que reencarnaron en Costa Rica. Aquí eran algo extraño. Tenían ánimo que no es ni ha sido de este país ni de esta época moderna. Eran señores de los de castillo sobre colina rocosa, de los de aventuras en caminos azarosos, de los de fácil ira y de altanero gesto.

La muerte de Pelico me ha impresionado más de lo que yo creí. Lo vi en París hace pocos años y llamaron en extremo mi atención su interés por los asuntos de Costa Rica y la calma y serenidad con que hablaba de los hechos y las personas del tiempo en que él actuó. No le oí nunca una palabra airada o rencorosa, y supe que hacía esfuerzos por conquistar la paz interior y elevarse un poco por sobre la superficie de los hechos para penetrar en el mundo trascendente de las causas.

Su espíritu caballeresco y medioeval lo hizo exagerar sus responsabilidades políticas y personales, y lo arrastró a los sucesos que todos conocemos. Sus errores fueron hijos de su carácter fogoso y violento, y sus iras se amansaron y apagaron una vez que la vida, para darle su lección indeficiente, lo hirió con el rigor que ella acostumbra, rigor que depura y abrillanta las almas de los hombres para conducirlos a la suprema realidad.

Dicen "que no hay una vida tan limpia en la que no pueda hallarse alguna sombra; y que en la más oscura, buscando bien, no sería difícil vislumbrar el resplandor de algún amor desinteresado". Así la vida tumultuosa de Pelico lo condujo sin duda a la violación de muchas